

BUENOS AIRES: LA IMAGEN DE LA CIUDAD EN EL DEVENIR

Mercedes González Bracco
Universidad de Buenos Aires Argentina

... a veces ciudades diferentes se suceden sobre el mismo suelo
y bajo el mismo nombre,
nacen y mueren sin haberse conocido, incomunicables entre sí.
Ítalo Calvino, *Las ciudades invisibles*

Introducción

¿Qué es una ciudad? ¿Un aglomerado de construcciones, personas y sus modos de socialización? ¿Un relato? ¿Un sueño? ¿Una pesadilla? Entre lo material y lo simbólico, entre la teoría y la praxis, proponemos concebir la ciudad como un “devenir”. Tomando la conceptualización que realiza Pred (1984) para referirse al “lugar”, consideramos que la ciudad debe ser entendida no como una entidad estática y no histórica, sino como en un permanente “proceso de convertirse en”.

Tradicionalmente, la ciudad ha sido abordada desde muchas y disímiles disciplinas; la arquitectura, el urbanismo, la geografía, la historia y la sociología, entre otras, han propuesto diversas interpretaciones sobre sus espacios, su(s) historia(s) y los procesos sociales que la involucran. Yuxtapuestas a los relatos científicos, encontramos otras fuentes tales como legislaciones, artículos periodísticos y textos literarios, que también dan cuenta de la ciudad en múltiples dimensiones. En este sentido, coincidimos con Margulis (2002: 516) en que “la ciudad es comparable con la lengua, construida por múltiples hablantes en un proceso histórico que da cuenta de interacciones y de luchas por la construcción social del sentido”. Estas luchas subyacen a lo que emerge con relativa estabilidad como una “imagen” de la ciudad, reconocible y aceptada, en donde conviven un conjunto de imaginarios que la refuerzan o la refutan (1).

A partir de estos conceptos, el presente trabajo se propone abordar el “devenir” de la “imagen de ciudad”, tomando como caso la ciudad de Buenos Aires. A tal fin, y como ejemplo de la multiplicidad de lecturas sobre esta, pondremos en diálogo algunos textos académicos y literarios que, a pesar de constituir diferentes “submundos” (Berger y Luckman, 1986) contribuyeron a construir dicha “imagen”.

Asimismo, para dar cuenta de la tensión entre la inestabilidad y la permanencia, presentaremos ese diálogo en relación con algunos momentos considerados “bisagra” por la historiografía urbana local (Scobie, 1974; Liernur y Silvestri, 1993; Gorelik, 2004a, 2004b; Gutman y Hardoy, 2007; entre otros) en relación con los cambios fisonómicos de la ciudad, habiendo sido relevadas también desde el ámbito literario: en primer lugar, el paso de la “aldea” a la metrópolis, a fines del siglo XIX; en segundo término, el advenimiento de la sociedad de masas durante la primera mitad del siglo XX; y por último, la consolidación de la ciudad “posmoderna” o neoliberal a partir de los años noventa.

Cabe aclarar que el recorrido propuesto no tiene la intención –ni la posibilidad– de abarcar la totalidad de los textos que describen los momentos antedichos; su objetivo es tan solo presentar algunas miradas que permitan analizar de manera diacrónica la colaboración de estos escritos en la construcción de las (sucesivas y superpuestas) “imágenes” de Buenos Aires.

1) De la aldea a la metrópolis: “La ciudad cosmopolita”

El primer cambio de consideración que sufrió la ciudad, de acuerdo con el historiador urbano James Scobie (1974), fue su transformación de aldea en metrópolis. Este autor realiza un contrapunto entre la ciudad de 1870 y la de 1910 para comparar los cambios económicos, sociales y culturales sufridos por la comunidad porteña de entonces. Por supuesto que estos cambios no fueron experimentados de la misma forma por los diversos estratos sociales, aunque las transformaciones urbanas los atravesasen a todos.

Así, la ciudad de los “vecinos” se sofisticó, volviéndose cosmopolita y ostentosa. Si hasta alrededor de 1870 “la gente acaudalada conservaba la costumbre hispana de construir sus casas próximas a la plaza principal” (Scobie, 1974: 45), hacia 1910 fueron trasladándose hacia la zona norte, producto no solo de las sucesivas epidemias que afectaron las áreas bajas de la ciudad, sino también atraídos por el desarrollo del nuevo puerto y de las instituciones comerciales y financieras que hicieron pie al norte de la Catedral. Este segmento, aún poco explotado urbanísticamente, ofrecía además la posibilidad de conseguir lotes mayores en los cuales desarrollar viviendas ostentosas que demostraran la riqueza de sus dueños.

Esta transformación estuvo ligada a un cambio fundamental en la constitución de la estructura social. La asignación de estatus vinculada a los lazos familiares que hasta 1870 prescribía un orden social rígido y con poca movilidad comenzó a ser trastocada por el rápido progreso económico de nuevas capas sociales que lograron ascender en la escala social no ya por sus relaciones familiares sino por su poder adquisitivo. Se desarrolló así un nuevo rasgo cultural, el materialismo, estimulado por el desarrollo económico, las grandes inversiones y la inmigración creciente. La arquitectura fue uno de los elementos que mejor dieron cuenta de esta revolución. Describe Scobie (1974: 63) que, para 1870,

... a pesar de los muchos sirvientes que se necesitaban para los frecuentes viajes al mercado, preparar la comida, cuidar a los niños, lavar y planchar la ropa, fregar los patios, limpiar las habitaciones, los hogares de estas poderosas familias eran notablemente modestos. Las herencias romana, griega y árabe se habían fusionado en la cultura hispánica estimulando la intimidad y el resguardo del hogar. El transeúnte que pasaba frente a estas casas de planta rectangular, solo veía la fachada de ladrillo o yeso, quebrada por una puerta de recios paneles y varias ventanas enrejadas.

Después de 1880, sin embargo “los viajes al extranjero cada vez más frecuentes, la admiración por el progreso y la ciencia engendrados por la filosofía positivista que impregnó los

círculos de la élite y de la educación argentina, avergonzó a las clases dirigentes de sus humildes orígenes coloniales y herencia hispánica” (Ídem: 165).

Desde la literatura, recogemos las impresiones de Lucio V. López (1960 [1884]) quien vivió ese proceso y plasmó sus impresiones en su novela *La gran aldea*, la cual retrata estos cambios urbanos y sociales de la Buenos Aires de fines del siglo XIX. Planteada como una historia moral, aquí también se incluye un “antes-ahora” en la descripción de aquella gran aldea que dejó el protagonista al irse en su adolescencia y volver veinte años después. Hay una crítica a la pretenciosidad, artificialidad con la que ahora se manifiesta la sociedad, sobre todo el círculo (de “gente decente”, según Scobie) en el que él se mueve. El *súmmum* de esta conducta reprobada se da en el personaje de la joven Blanca, de quien él estaba enamorado, pero que se casa con su tío Ramón por dinero y lo arrastra a una vida superflua y materialista (en contrapunto con la tía Medea, primera mujer de Ramón y representante de aquella aldea primitiva, así como también de su correlato político, el mitrismo). Esto se verá castigado al final del libro por el incendio que mata a la beba de Blanca y a su marido que muere al querer atacar a su amante, cuando se encuentran en la casa en llamas.

El correlato urbano de este cambio estrepitoso desconcierta y entristece al protagonista:

... yo, que había conocido aquel Buenos Aires en 1862, patriota, sencillo, semitendero, semicurial y semialdea, me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas, que perdía su tiempo en flanear por las calles. (...) los salones se habían transformado; el gusto, el arte, la moda, habían provocado una serie de exigencias sin las cuales la vida social era imposible (Ídem: 87).

Las transformaciones culturales obligaban a la gente pudiente a mostrar y mostrarse, en un torbellino de ostentación que también recoge *La Bolsa*, de otro novelista contemporáneo, Julián Martel. Este autor además describe, cual presagio, otra transformación urbana que comenzaba a afectar a la creciente urbe: los desmanes de la especulación inmobiliaria.

El estudio del doctor Glow estaba situado en el segundo piso de uno de esos edificios tan comunes en nuestros barrios centrales, construidos con el único propósito de sacar de la tierra el mayor beneficio posible, sin tener para nada en cuenta el gusto arquitectónico ni los preceptos higiénicos relacionados con la acción del aire y de la luz sobre el organismo humano. Amontonar, en un espacio relativamente reducido, el mayor número de habitaciones que se pueda, es el único objeto que preside a este género de construcciones (Martel, 1979 [1891]: 85).

No escapa a nuestro conocimiento el reverso de esta ciudad vista “desde arriba”: nos referimos a la ciudad de los pobres, los inmigrantes, aquellos que la transformaban en un lugar peligroso, sucio, ajeno. Desde la academia, Sarlo (1998), Carli (2002), Svampa (2006) y Bertoni (2008), entre otros, dan cuenta del proceso de represión y asimilación forzosa de estos “otros”. En el caso de la literatura, además, encontramos un correlato en la aparición de un discurso *criollista* (Prieto, 2006) –como creación de una génesis nacional– de la mano de una nueva visión romantizada del gaucho, ya casi extinto, como cuño inicial de la argentinidad.

Retomando los escritos de Leopoldo Lugones (1972 [1916]: 82-83), hallamos una descripción casi mítica de este *hijo de la pampa*, de quien lamenta su exterminio en favor del inmigrante advenedizo:

La civilización ha sido cruel con el gaucho, elemento al fin irresponsable, de los políticos que explotaban su atraso. Penurias, miseria y exterminio, es lo único que le ha dado. Él, como hijo de la tierra, tuvo todos los deberes, pero ni un solo derecho, a pesar de las leyes democráticas. (...) Pospuesto al inmigrante que valorizaba para la burguesía los llecoc latentes de riqueza, fue paria en su tierra, porque los dominadores no quisieron reconocerle jamás el derecho a ella. Olvidaron que mientras el otro era solo un conquistador de la fortuna, y por lo tanto un trabajador exclusivamente, el gaucho debía aprender también la lección de la libertad... (...) No vieron lo que había de justo en sus reacciones contra el gringo industrial y avaro...

No obstante, la "imagen" de la ciudad que prevalecerá en el tiempo no denota conflictividad, sino armonía, cristalizada en la idea de la Argentina –y particularmente Buenos Aires– como "crisol de razas". El cosmopolitismo como vocación se enlaza al ideal europeizante de las elites políticas que buscaron transformar la ciudad en "la París de Sudamérica", reconstruyéndola para que finalmente alcanzara su destino de grandeza:

Buenos Aires como capital argentina es esa "ciudad-nación" que según Rossi, en todos los Estados consolidados es teatro de todas las capacidades, fin de todas las ambiciones, que van a ilustrar todos los talentos, a enriquecer todas las fortunas, que todas las artes adornan y embellecen con porfía, objeto del pensamiento, de los placeres y de los votos de todos, orgullo del país, reina aceptada a quien los palacios y las chozas, las aldeas y las ciudades rinden homenaje (Alberdi, 1881, citado en Schmidt, 2012).

2) El advenimiento de la modernidad: "El centro y los barrios"

De acuerdo con Torres (1975), los procesos de estructuración urbana que cobraron importancia desde mediados de la década de los treinta se distinguieron por a) una intensa suburbanización (es decir, importantes aumentos poblacionales relacionados principalmente con las migraciones internas y acompañados por una drástica disminución de las densidades y un aumento del radio urbano); b) una progresiva ocupación del espacio suburbano por los grupos de menores recursos; c) una difusión masiva de la pequeña propiedad urbana (el porcentaje de viviendas ocupadas por sus propietarios pasa del 26,8 % al 58,1 % en la Región Metropolitana entre 1947 y 1960); d) el desarrollo de un modo original de transporte público, el "colectivo", cuyo crecimiento acelerado contrasta con el moderado crecimiento de la red de subterráneos, el estancamiento de la red ferroviaria suburbana y la posterior supresión del sistema tranviario; e) un proceso de desarrollo de la industria que tuvo un importante impacto como factor de crecimiento y estructuración urbanas, y f) la existencia de políticas generales de tipo redistribucionista que tuvieron efecto sobre la política de vivienda y de transporte, actuando indirectamente sobre los procesos de estructuración espacial urbana.

Aquella vieja sociedad cuasi estamental descrita en el apartado anterior estaba siendo reemplazada por un nuevo modelo más dinámico, y requería un espejo urbano que así lo demostrara. El nuevo ideal estaba constituido por la ciudad funcional, del progreso. Esta ideología tuvo como basamento objetivo la prosperidad material y cultural de las clases populares con aspiraciones de ascenso social que fueron poblando los barrios, mientras que el “centro” buscaba inspiración en un nuevo horizonte. Con Nueva York como espejo, el ideario progresista se plasmó en “la ciudad vertical del porvenir” (Gutman, 2011), tomando forma en estas “casas-monstruo” que comenzaban a transformar el horizonte de la ciudad y daban cuenta de su meteórico progreso: el Comega (1933), el Safico (1934) y, preponderantemente, el Kavanagh (1936) fueron las expresiones que materializaban el futuro en el presente.

Al margen de esta necesidad de mostrar progreso, ya para los años treinta los edificios de departamentos en altura destinados a renta se transformaron en una forma de asegurar el capital en medio de un clima económico y político de incertidumbre (Aboy, 2010). La ciudad de Buenos Aires se consolidó en esos años como residencia de los sectores medios y altos, que aumentaron notablemente la proporción en el número de propietarios. Este incremento se vio consolidado a partir la sanción en 1948 de la Ley 13.512 de Propiedad Horizontal: “Para la década de los cincuenta, los departamentos eran el tipo de hogar más difundido en los barrios del norte de la ciudad, donde las tendencias del mercado indicaban una orientación cada vez mayor hacia el crecimiento en altura, la estandarización de soluciones espaciales y la reducción de superficies habitables” (Aboy, 2010: 3). Esta tipología edilicia, agrega Sebrelli (2003: 78), con sarcasmo, retrataba la mediocridad de la clase que la habitaba: “La arquitectura de los inmuebles pequeñoburgueses armonizaba con la mezquindad de sus vidas cotidianas: cuartos estrechos, paredes frágiles a través de las cuales se filtraban los gritos, las conversaciones, las radios...”.

Estos cambios, que comenzaron afectando principalmente a los barrios céntricos, pronto llegarían a otros más alejados, generando sensaciones encontradas por parte de aquellos que habían conocido estos lugares en su versión preurbanizada. Gorelik (2004a: 362) indica que estos sentimientos se ubican en línea con otros escritos literarios de las primeras décadas del siglo XX – encabezados por Gache, Borges y González Tuñón– que intentaban ensalzar al barrio a través de la invención de una tradición romántica que lo recortara del “fondo de la creciente homogeneización urbana”.

Roberto Arlt (1958: 12-14), entre ellos, se entristecía por los cambios en el barrio de Flores a la vez que se burlaba de lo nuevo, artificial y degradado que se instalaba en nombre del progreso. En su aguafuerte “Molinos de viento en Flores”, publicada en el diario *El Mundo*, el día 10 de septiembre de 1928. Entre la crónica y la literatura, declaraba:

Flores, el Flores de las quintas, de las enormes quintas solariegas, va desapareciendo día tras día. Los únicos aljibes que se ven son de “camouflage”, y se les advierte en el patio de chalecitos que ocupan el espacio de un pañuelo. Así vive la gente hoy en día. (...)

Ya no están más ni el molino ni el mirador ni el pino. Todo se lo llevó el tiempo. En el lugar de la altura esa, se distingue la puerta del cuchitril de una sirvienta. El edificio tiene tres pisos de altura.

¡También la gente está como para romanticismo! Allí, la vara de tierra cuesta cien pesos. Antes costaba cinco y se vivía más feliz. Pero nos queda el orgullo de haber progresado, eso sí, pero la felicidad no existe. Se la llevó el diablo.

En 1948, por su parte, Leopoldo Marechal contribuía a despegar la ciudad del progreso de los barrios suburbanos. En su novela *Adán Buenosayres* estableció una diferencia entre los diferentes tiempos de la ciudad, al describir un centro modernizador y pujante:

Rumores de pesas y medidas, tintineos de cajas registradoras, voces y ademanes encontrados como armas, talones fugitivos parecían batir el pulso de la ciudad tonante: aquí los banqueros de la calle Reconquista manejaban la rueda loca de la Fortuna; más allá ingenieros graves como la Geometría meditaban los nuevos puentes y caminos del mundo. Buenos Aires en marcha reía: Industria y Comercio la llevaban de la mano (Marechal, 1995: 151).

En contraposición, nos muestra el tiempo del barrio (2), representado por Villa Crespo como su lugar propio, donde el espacio doméstico y domesticado pinta una escena con ruidos y movimientos diferentes a los de las finanzas y las obras públicas, que envuelven a los seres más diversos apañados en otra lógica, la del “barrio cordial” (Gorelik, 2004a):

... allá, barriendo a grandes trazos la vereda, Irma gritaba los versos iniciales de “El Pañuelito”. Calló de pronto y se afirmó en su escoba, desgredada y caliente, bruja de dieciocho años: sus oídos atentos captaron en un solo acorde la canción de los albañiles italianos, el martilleo del garaje “La Joven Cataluña”, el cacarear de las gordas mujeres que discutían con el verdulero Alí, la oferta grandilocuente de los judíos vendedores de frazadas y el clamor de los chiquilines que se hacían polvo detrás de una pelota de trapo (Marechal, 1995: 151).

Finalmente, por detrás del centro y el barrio, se asoma la frontera. Si Borges (1929) había ubicado su línea imaginaria entre la urbe y la pampa en Palermo, justo enfrente de su casa (“sólo faltó una cosa, la vereda de enfrente”), Marechal corre esta línea hacia el norte, dándole entidad literaria al barrio de Saavedra, cuya urbanización inacabada resultaba escenario propicio para el comienzo de su viaje a tierras incógnitas:

En la ciudad de la Trinidad y puerto de Santa María de los Buenos Aires existe una región fronteriza donde la urbe y el desierto se juntan en un abrazo combativo, tal dos gigantes empeñados en singular batalla. Saavedra es el nombre que los cartógrafos asignan a esta región misteriosa, tal vez para eludir su nombre verdadero, que no debe ser proferido (Marechal, 1995: 349).

Estos barrios de tiempo circular, alejados de la vorágine del centro, quedarían desde ese momento cristalizados en un pasado romantizado, como *locus* privilegiado para la literatura y

las letras de tango. Podemos encontrar esta “imagen” hasta fines de 1980 –al menos en el recuerdo del autor de este cuento–:

El barrio donde pasé buena parte de mi infancia y adolescencia no era lo que se dice exactamente un barrio. Quince años atrás, cuando transcurre esta historia, Villa Urquiza era, sobre todo, un entramado de carencias – un conglomerado urbano sin restaurantes, discotecas, librerías, centros comerciales, teatros o cines (...)

Villa Urquiza era entonces una, digámoslo así, geografía partida al medio por la cicatriz de la avenida Monroe, a la altura de Triunvirato. Del lado de allá (...), una suerte de carencia relativa: menguada por la cercanía y los reflujos de Belgrano. Del lado de acá, aprisionada entre la estación de trenes y el patio trasero del Parque Sarmiento, la Urquiza profunda: la de la plaza, la iglesia, el colegio de repetidores, los clubes sociales y deportivos, las casas con viejos en la vereda que escuchan la radio y discurren en su vida en cuotas sentados en sillas desvencijadas por los confortables ciclos de la rutina. Esa Urquiza que un escritor peronista supo designar, en una de sus novelas más difundidas, y no exento de cierta generosidad, como *La Siberia* (Tomas, 2008: 271).

Así pues, el perfil que atraviesa la mayor parte del siglo XX es el de una ciudad que se escinde en dos: por un lado la ciudad-centro, opulenta y agresiva, a la vez que estimulante y tentadora; y por el otro la ciudad-barrio, romantizada por la literatura como un lugar de permanencia contrapuesta a la vorágine del centro. Entre ambos mundos, la imagen que prevaleció fue la de Buenos Aires como “ciudad de clase media”, en tanto este creciente sector social constituyó la cara visible del progreso material y cultural.

3) Neoliberalismo, posmodernidad y después: “La ciudad de los negocios”

Es posible plantear un nuevo matiz en la vivencia y narración de la ciudad a partir de los años noventa. Como paso previo, sin embargo, no podemos obviar el primer empuje neoliberal que impuso la última dictadura, que “se propuso ‘limpiar’ el espacio público de toda presencia plebeya: en Buenos Aires, por ejemplo, las topadoras se ocuparon de ‘blanquear’ la ciudad, haciendo desaparecer de la vista las villas de emergencia, al tiempo que el paisaje se poblaba de autopistas y rascacielos” (Adamovsky, 2009: 408).

Junto con este proceso, una amplia porción de las capas sociales medias y altas abandonaron el *ethos* de progreso material y cultural prevaleciente en el período anterior para abrazar una nueva vocación de consumo como distinción de clase (Bourdieu, 1998). Durante los años noventa, este cambio cultural se plasmaría fuertemente en el espacio urbano, estallándolo:

En ningún ámbito se evidenció esta fragmentación de los sectores medios tan claramente como en el espacio urbano. En general, hubo en las ciudades una clara tendencia al deterioro de todo lo que fuera espacio público, que fue en paralelo con una mayor oferta de lugares de acceso exclusivo para quien pudiera pagarlos. Las escuelas y universidades estatales, los parques y paseos abiertos, los hospitales: todo lo público sufrió el impacto de los ajustes y la desidia oficial (Adamovsky, 2009: 428).

La contracara de este espacio urbano peligroso, sucio y abandonado, fue la multiplicación de nuevos lugares pensados para el consumo y el disfrute, pero con una intencionalidad restrictiva. El ejemplo capital está constituido por el *shopping*, ese “no lugar” público/privado de circulación controlada que deglute lo urbano y lo vomita como mercancía (3):

El *shopping* asimila, como una medusa gigante, todo lo que se encuentra dentro de sus límites o, incluso, cerca de ellos. Por eso es tan difícil mirar los murales que un *shopping* ha salvado de la destrucción, o la vieja arquitectura que otro *shopping* ocupa, después de haberla vaciado. La fuerza de las insignias del mercado es infinitamente superior a la del arte, que se miniaturiza hasta desaparecer cuando el *shopping* lo incluye como su pretexto cultural. Viejos silos portuarios, viejos mercados de abasto, viejas estaciones de trenes, incluso cárceles (como en el montevideano de Punta Carretas) o escuelas (como en Córdoba), viejas galerías de inspiración decimonónica: todas esas arquitecturas llenas de cualidades o de historia se aplanan como si sólo hubieran existido para proporcionar alguna decoración exótica al *shopping* que iba a ocuparlas” (Sarlo, 2009: 27).

Empero, no son tan solo las intervenciones privadas las que organizan esta nueva estética y ordenamiento urbano, sino que desde el ámbito público se promueve una estrategia de estetización que busca realzar ciertos espacios, pero también controlarlos, determinando espacios, circuitos, horarios y usos posibles. En este sentido, tanto la mercantilización como el ordenamiento público de los espacios operan de manera represiva. La literatura, por su parte, también da cuenta de estos cambios:

Que el Parque Centenario ya no es lo que era [ya no es lo que era, ya no es lo que era] desde hace un par de días; semanas si tomamos en cuenta todo el período de anegación. Bien: antes se podía disponer del parque a gusto – incluso y sobre todo por la noche–. Uno podía venir del lado del Instituto Leloir, por Drago y decir cruzo el parque y a la mierda, a cualquier hora, cualquier día del año. Pensar: qué más da, que me sometan sexualmente, que me roben hasta los calcetines, que me conviden una seca o, en el peor de los casos, que no pase nada. Nada de nada, que era –por supuesto– lo que sucedía las más de las veces. Atravesar el parque de noche, ir a recalar al parque de noche, subir a beber o a fumar a la instalación de piedras del lago que nunca era lago sino una plataforma con terraplén, un lugar codiciado. Usar los juegos de niños sin niños, comerles helado de Tino en las hamacas, rehuirle un tanto al sopor del PH en verano. El parque era, básicamente, de noche. De día también, de día por qué no, pero menos, tal vez porque se veía más el raleo del pasto, los deshechos, las heces, la gente. Pero de noche, de noche supo ser una gran cosa, con o sin bicicleta. Ahora está renovado, fue reabierto, recuperado. Sufrió la furia del cambio de cara gobiernodelaciudad, de carteles naranja, bancos de cemento, sanitarios simétricos, caminitos predeterminados (del mismo cemento que los bancos) y el pasto verde flúo. A pedido. No sé de dónde sacan ese pasto, cómo lo consiguen, cómo es que lo hacen, tan flúo, tan poco parecido al clásico césped de barrio, tan parecidito. A la plataforma le echaron agua (adiós al tótem de piedras) y al agua le echaron patos. Y a los patos la gente les tira todo lo que tiene, de comestible o simil, entre

manos. Y rejas, rejas en derredor. Ahora en ese parque, se puede ver agua, ver patos, alimentar patos, reposar en pasto fluorescente, descansar sobre bancos de cemento, ir al baño, tirar basura en cestos, caminar por caminitos, ver árboles y gente, sobre todo gente. Pero organizada. Pero hasta una cierta hora. Y de noche, hay que bordearlo, no más parque nocturno, no vaya a ser que a uno se le ocurra cenar un pato, dormir un árbol, hurtar un pasto. Así el parque nos fue devuelto en su aspecto Playmobil y negado, anegado para siempre en su simpático tono sauvage, su estilo a la que te criaste, ahíto de deportistas, borrachos, gente sin techo, estudiantes, señoras, oficinistas, cuzcos, jubilados, onanistas (Paula, 2008: 173).

Mi padre vivía en Palermo Viejo y amaba ese barrio hasta que empezó a poblarse de negocios, bares, restaurantes. Al volverse un nicho sofisticado, trató de cambiar sus circuitos, pero repentinamente en las oleadas de mujeres jóvenes encontró alimento para la vocación que animó sus últimos años de vida: institucionalizar la cultura del viejo verde. Los domingos iba a la feria de San Telmo a visitar anticuarios que paulatinamente hoy migran o cierran, debido al precio exorbitante de los alquileres.

Esos barrios amados de algún modo reflejan a pequeña escala el cambio de época. Igual que el bar La Paz, que para quienes lo conocieron en los años sesenta se volvió, en los noventa, un museo inhabitable (Coelho, 2012: 105).

En definitiva, este espacio público ordenado y estetizado reconfigura los barrios y, junto con la explosión del turismo y el desarrollo inmobiliario (Gorelik, 2006), da cuenta de una ciudad que se torna ajena. Mediante la mercantilización de ciertos elementos del espacio urbano y la desidia frente a la destrucción de otros, la imagen de “la ciudad de los negocios” implica nuevas formas de relacionarse con lo cotidiano. Esta imagen, además, es paradójicamente reforzada por sus detractores que, en contraposición, recuperan las imágenes anteriores como valor, obliterando sus contradicciones internas.

Esto último puede observarse a partir de los últimos años en las protestas encabezadas por los vecinos de diversos barrios que sienten atropellada su identidad (4). Estas agrupaciones, que buscan defender su espacio vital de nuevas construcciones y de usos no deseados, retoman aquellas otras voces que en el pasado objetaron los embates del “progreso”, pero articulándolas con discursos progresistas contemporáneos tales como la defensa del patrimonio cultural y del medio ambiente. Así, los miembros de la asociación *Salvar a Floresta* ostentan orgullosos el legado de sus ilustres vecinos Baldomero Fernández Moreno, Enrique Cadícamo y Alberto Castillo, en una asociación virtuosa de la poesía en vinculación con la imagen de barrio (5), mientras que la organización *Basta de Demoler!* utiliza fragmentos de “La Casa” de Mujica Lainez en la voz en off de un niño, en un video que denuncia la destrucción indiscriminada del patrimonio edificado que destruye la imagen de la ciudad cosmopolita, “la París de Sudamérica” (6):

Soy vieja, revieja. Tengo sesenta y ocho años. Pronto voy a morir. Me estoy muriendo ya, me están matando día a día. Ahora mismo me arrancan los escalones de mármol, la gloria de los escalones de mármol! (...) Sesenta y ocho años... En Europa sería joven. En Europa hay que tener doscientos o trescientos o quinientos años para que a una la consideren vieja. Y entonces acarrear gentes en ómnibus especiales

para mostrarles la casa antigua, y les explican que la casa es ojival o que en ella vivió un dramaturgo o un santo o un pirata o la favorita de un rey. (...) Dolor y vergüenza. Me avergüenzo de que me vean así, mugrienta, sórdida, de que todo el mundo me vea así desde la calle, con sólo asomarse al vestíbulo donde ya no hay puerta y a los boquetes abiertos bajo los balcones sin persianas. (...) Aquí no: bastan y sobran mis sesenta y ocho años para que me tachen de vieja. En Europa... en Francia... Antes, en la época en que la vida era bella, los visitantes entraban en mí hablando de Francia: - Parece que estuviéramos en París – repetían... (Mujica Lainez, 1966: 9-11).

A modo de cierre: la imagen, entre el cambio y la permanencia

Margulis (2002: 520) indica que los cambios y permanencias en las ideas sobre la ciudad se deben a que esta va siendo decodificada de manera diferente por las distintas generaciones que habitan sus partes, “que les otorgan distinto uso o bien las perciben y vivencian de manera nueva, porque cada nueva generación se socializa con nuevas pautas de percepción y apreciación”.

A nivel empírico, observar el contexto de construcción de estas imágenes nos permite comprender e interpretar la fuerza con la que operan en la actualidad, resituándose y resignificándose en nuevos discursos, con propósitos diversos. La descripción de los tres momentos históricos designados como “bisagra” mostraron, en este sentido, la necesidad de una sedimentación que, en algunos casos, ocluyera los conflictos intrínsecos a la construcción de la imagen indicada, mientras que en otros, esos conflictos resultaron funcionales a ella.

A nivel teórico, más modestamente, el cruce de los conceptos de “imagen” y “devenir” busca desarmar la rigidez del primero sin recurrir a un quiebre, sino a partir de una idea de constante fluidez que matice las rupturas y continuidades dialógicas en los relatos presentados.

Nuestro recorte es, como ya mencionamos, necesariamente inacabado, ya que Buenos Aires continúa siendo, en este sentido, construida como ciudad real e imaginada, vivida y narrada en su constante devenir.

Notas

(1) Aquí resulta interesante introducir la diferenciación que realizan varios autores entre “imagen” e “imaginario” que desarrolla Lacarrieu (2007), según la cual la “imagen urbana” remite a un “núcleo duro”, que cristaliza la vida y la sociedad como en una fotografía; siendo el producto de una acción intencional de recorte y selección, donde prima el valor constituido desde el acto de la memoria. El “imaginario urbano”, más lábil, se acerca a la idea de representación social, y permite “estructurar y organizar el mundo social a partir de la construcción de modelos que operan simbólicamente a través de discursos y prácticas concretas” (Lacarrieu, 2007: 55).

(2) De acuerdo con Baeza (2005: 9) “En *Adán Buenosayres*, el barrio es la esfera de lo espontáneo e incluye a la casa, a la habitación y sus objetos cercanos como distintos grados de apropiación de la identidad, frente a la ciudad que se manifiesta como el territorio de caza. Buenos Aires se presenta en el imaginario de *Adán Buenosayres* como una trama que teje diferentes tiempos y diferentes escalas...”.

(3) Sobre el *shopping* como tipología antiurbana, resulta interesante el análisis de Carman (2006) sobre la transformación del barrio del Abasto. A pesar de que no existen aun trabajos académicos sobre estos casos, las protestas de los vecinos de Saavedra por la construcción del DOT y de los vecinos de Caballito por la intención de poner allí un *shopping* sobre viejos terrenos del ferrocarril, no dejan de ser sugerentes a la hora de pensar qué

implicancias urbanas conllevan este tipo de emprendimiento. Véase, por ejemplo, *Clarín*, “Pelea por un shopping en Caballito”, 12/11/08; *Página/12*, “Discutiendo los shoppings”, 21/11/09.

(4) Formadas durante los últimos cinco años, estas agrupaciones de vecinos han comenzado a organizarse para frenar la demolición de casas antiguas y por la recuperación de ciertos espacios de sociabilidad local, como cines o bares. Al respecto, véase González Bracco (2009).

(5) En las referencias a estos personajes, utilizan sus imágenes para expresar el sentir de la organización frente a la destrucción de las casas antiguas del barrio. Así, en un póster puede observarse una foto de Baldomero al lado de la frase: “No demolió setenta balcones por no tener ninguna flor”. En otro se ve a Castillo junto a la frase: “Qué saben los pitucos cómo es Floresta”. Estas y otras imágenes pueden verse en el blog de la organización: <http://www.salvarafloresta.blogspot.com/>.

(6) El video puede verse en <http://www.youtube.com/watch?v=DU5FVeztv8M>.

Bibliografía

- ABOY, María Rosa (2010), “Ciudad, espacio doméstico y prácticas de habitar en Buenos Aires en la década de 1950”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates [en línea] <http://nuevomundo.revues.org/59215>.
- ADAMOVSKY, Ezequiel (2009), *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Planeta, Buenos Aires
- ARLT, Roberto (1958), *Aguafuertes porteñas*, Losada, Buenos Aires
- BAEZA, Victoria (2005), “La celebración del camino. Buenos Aires andada en el imaginario de Leopoldo Marechal”, *Bifurcaciones*, N.º 2, otoño 2005
- BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas (1986), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- BORGES, Jorge Luis (1929), “Fundación mítica de Buenos Aires”, *Cuaderno San Martín* [en línea] <http://www.sololiteratura.com/bor/borcuaderno.htm>,
- BOURDIEU, Pierre, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1998.
- CARMAN, María (2006), *Las trampas de la cultura*, Buenos Aires, Paidós.
- COELHO, Oliverio (2012), “Instrucciones para recordar una ciudad”, en VV. AA. (2012) *La ciudad contada: Buenos Aires desde la mirada de la nueva narrativa hispanoamericana*, Ministerio de Cultura del GCABA, Buenos Aires
- GORELIK, Adrián (2004a), *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires. 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- (2004b), *Miradas sobre Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2006), “Modelos para armar: Buenos Aires, de la crisis al boom”, *Punto de Vista*, N.º 84, Buenos Aires [en línea] <http://www.bazaramericano.com>.
- GONZÁLEZ BRACCO, Mercedes (2009), *Patrimonio e Identidad. Los “vecinos” de la Ciudad de Buenos Aires al rescate de las identidades barriales*, Tesina de Especialización, IDAES/UNSAM.
- GUTMAN, Margarita (2011), *Buenos Aires. El poder de la anticipación*, Buenos Aires, Infinito.
- GUTMAN, Margarita y HARDOY, Jorge Enrique (2007), *Buenos Aires 1536-2006. La Historia urbana del Área Metropolitana*, Buenos Aires, Infinito.
- LACARRIEU, Mónica (2007), “La ‘insoponible levedad’ de lo urbano”, *Revista Eure*, Vol. XXXIII, N.º 99, pp.47-64.

- LIERNUR, Jorge Francisco y SILVESTRI, Graciela (1993), *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- LÓPEZ, Lucio (1960 [1884]), *La gran aldea*, Buenos Aires, Eudeba.
- LUGONES, Leopoldo (1972 [1916]), *El Payador*, Buenos Aires, Huemul.
- MARECHAL, Leopoldo (1995), *Adán Buenosayres*, Clásicos Castalia, Madrid. Edición, introducción y notas de Pedro Luis Barcia.
- MARGULIS, Mario (2002), "La ciudad y sus signos", *Estudios Sociológicos*, Vol. XX, N.º 60, septiembre-diciembre El Colegio de México, México, pp. 515-536.
- MARTEL, Julián (1979[1891]), *La Bolsa*, Huemul, Buenos Aires.
- PAULA, Romina (2007), "Autonomía", en Terranova, Juan (comp.), *Buenos Aires/Escala 1:1*, Entropía, Buenos Aires.
- PRED, Allan (1984), "Places as historically contingent process: structuration and the time-geography of becoming places", *Annals of the Association of American Geographers*, N.º 74.
- SARLO, Beatriz (2009), *La ciudad vista*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- SCOBIE, James (1974), *Buenos Aires del centro a los barrios 1870-1910*, Buenos Aires. Solar-Hachette.
- SEBRELI, Juan José (2003), *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* seguido de *Buenos Aires, ciudad en crisis*, Buenos Aires, Sudamericana.
- TOMAS, Maximiliano (2007), "La traición de Calubio", en Terranova, Juan (comp.), *Buenos Aires/Escala 1:1*, Buenos Aires, Entropía.
- TORRES, Horacio (1974), "Evolución de los procesos de estructuración espacial urbana. El caso de Buenos Aires", *Desarrollo Económico*, N.º 58, vol. 15, julio-setiembre de 1975.